

ENFERMEDADES. AGONIA Y DECESO DEL PADRE DE LA PATRIA.

*Raúl Dinator Moreno*⁷⁷

Abstrac

El presente trabajo aborda la compleja tarea de detectar el verdadero ciclo de enfermedades que sufrió -durante la mayor parte de su vida- nuestro prócer don Bernardo O'Higgins Riquelme.

Varios tratadistas enumeran enfermedades psicosomáticas que sufrió que tienen sus bases en situaciones adversas que tuvo que aceptar desde su niñez como tener que aparecer como "huérfano de padres vivos" por estar alejado de sus padres y de no poder llevar el apellido paterno. Ese sentimiento de abandono significó en Bernardo que, en ciertos períodos de su vida, se encuentre una mezcla de agresividad y exaltación junto a una benevolencia y falta de carácter, lo que llevó a un chileno a decirle a José María de la Cruz que hay en Bernardo demasiada cera y demasiado poco hierro.

Por lo general sufrió como cualquier persona dolores no graves salvo cuando a la edad de 21 años se contagió con la fiebre amarilla que lo tuvo al borde de la muerte. En la batalla del Roble fue herido en una pierna y en Cancha Rayada con una fractura del húmero. Cumplido los cuarenta años sufrió una afección cardíaca debido al exceso de trabajo y de fumar demasiado.

Entre otras afecciones sufrió de hemorroides, de reumatismo, fiebres, diarreas y puna cuando fue tras Simón Bolívar en Perú -previo a las acciones de Junín y Ayacucho- donde tuvo que recorrer más de mil kilómetros por diversos teatros geográficos y climas adversos.

A partir de la muerte de su madre, su salud se torna muy frágil y más tarde sufrió un espasmo cardíaco.

Un año antes de fallecer escribió a don Agustín López:...enfriamientos y reumas que con la mayor rebeldía se apoderaron de la cintura, espalda, brazos y aun del sentido, pruebas evidentes de la herencia que obtuve de los rigurosos inviernos que solo Ud. fue testigo, si no sufridor como yo en los llanos de la Laja, en la islas y riberas del Itata, del Diguillin, del Roble, Cerro Negro, la Florida, de Chillán donde me acostaba en el barro y dormía en camas de rocas recibiendo la intemperie de aguas y vientos helados...

⁷⁷ Diplomado y Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico por la Academia de Guerra del Ejército. Magister en Humanidades con mención en Historia por la Universidad Gabriela Mistral.

Miembro de número, ex consejero de la Academia de Historia Militar y Consejero Nacional del Instituto O'Higiniano de Chile.

Al fallecer don Bernardo su amigo John Thomas manifestó: **“su muerte se debió a una afección del corazón y acaso ésta haya sido causada por tanto sufrimiento que hubo que padecer por largos años, en que le rodearon la ingratitud, la mala fe y la injusticia.”**

Palabras clave: Bernardo O'Higgins, enfermedades, niñez, fiebre amarilla, sufrimientos.

INTRODUCCIÓN.

De don Bernardo O'Higgins Riquelme, nuestro Padre de la Patria, se ha escrito en forma abundante sobre su vida y obras pero muy poco sobre su vida íntima, en especial, sobre sus padecimientos producto de diversas enfermedades tanto psíquicas como corporales que sufrió desde su niñez hasta su defunción; el hacerlo nos lleva a sublimar sus obras y legado que nos dejó el prócer que en su destacado accionar -tanto durante la Independencia del país como en la organización de la República- se destacó como pocos, soportando el permanente peso de tantas enfermedades que padeció durante su existencia como lo trataremos de sintetizar en este trabajo.



DESARROLLO.⁷⁸

El estado de salud de D. Bernardo O'Higgins durante su existencia, en general se caracterizó por ser muy distinto al de sus padres. Su padre falleció a la edad de 80 años y su madre a los 82 y el prócer solo vivió hasta los 64 años; es decir prácticamente, alrededor de 20 años menos que cada uno de ellos. En cierta medida la vida de O'Higgins tan llena de abrojos, tanto en lo familiar como en lo político que tuvo que llevar durante su existencia, podrían haber sido alguno de los factores que provocaron las enfermedades que sufrió y que acortaron su vida.

⁷⁸ Dossier sobre el tema del libro “Los O'Higgins, historia íntima jamás contada”, del autor de este artículo.

Como le sucede a la mayor parte de los seres humanos, Bernardo O'Higgins en el transcurso de su vida, compuesta de múltiples facetas, sufrió enfermedades tanto somáticas como psicosomáticas, causadas las primeras, principalmente, por la forma que llevó su vida tan agitada, sobre todo, durante la revolución independentista en la cual participó de lleno luchando a favor de la libertad del país, muchas veces en escenarios geográficos adversos, bajo fuertes lluvias, sobre terrenos pantanosos, durmiendo bajo la carpa o a la intemperie, mal abrigado y sin alimentación apropiada. **En agosto de 1841, a un año de su muerte, escribió a Agustín López: “Le diré a Ud. Que cuando iba mejorando de la afección espasmódica al pecho y al corazón fui atacado de una complicación de enfermedades... y para prueba de mi paciencia de enfriamientos y reumas que con la mayor rebeldía se apoderaron de la cintura, espalda, brazos y aún del sentido, pruebas evidentes de la herencia que obtuve de los rigurosos inviernos de que solo Ud. fue testigo, sino que sufridor, como yo en los llanos de la Laja, en las islas y riberas del Itata, del Diguillin, del Roble, Cerro Negro, la Florida, de Chillán donde me acostaba en el barro y dormía en cama de rocas recibiendo la intemperie de aguas y vientos helados que mataban a nuestros soldados y centinelas...(Sic.)”**⁷⁹

En cuanto a las enfermedades psicosomáticas, que algunos investigadores o tratadistas las enumeran y comentan, es de seguro que tienen sus bases en los cuadros adversos que tuvo que aceptar desde su niñez. Como el tener que vivir alejados de sus padres, víctima de no ser reconocido oficialmente y ser privado de no poder llevar el apellido paterno. Bernardo se sentía además, en la mayor parte donde se hospedó, un propincuo, carente de calor familiar, cosa que poco a poco empezó a acumularse en su psique. En efecto, como muy bien sabemos que Bernardo nace el 20 de agosto de 1778 en la casa de las hermanas Olate y permanece los primeros cuatro años de su vida, sin la cercanía de sus padres. Dicho recuerdo le produjo una angustia que lo persiguió durante muchos años de su vida. En una carta le dice a su padre:

«Adiós, amantísimo padre, hasta que el cielo me conceda el gusto de darle un abrazo: hasta entonces no estaré contento ni seré feliz. Reciba vuestra Excelencia el corazón de un hijo que tanto lo estima y verlo desea»⁸⁰

Todo hemos sentido desde niño una necesidad que podría llamarse vital- ser amado y sentirse protegido -es una sensación de seguridad que se experimenta principalmente al lado de los padres y se apoya, especialmente, en el doble principio de la benevolencia y autoridad tutelar. Si esto no sucede, se produce un sentimiento que algunos investigadores han llamado “neurosis de abandono”. Asenjo y Corbalán llegan a la siguiente conclusión: “Sin ternura y sin una íntima mano protectora que lo dirija, falto a veces de ayuda económica, tomó el ideal libertario, lo que fundamentó la vida futura del

⁷⁹ Asenjo y Corbalán. “Las enfermedades de D. Bernardo O'Higgins”... Historia de la Medicina. 1966. Tomo VIII. P. 124.

⁸⁰ Epistolario de O'Higgins. Tomo I. pp. 19-20

joven Bernardo Riquelme... en un momento se sintió totalmente abandonado. “Cuan grandes tristezas, señora mía – escribe a su madre - sin tener una carta de usted para mi consuelo”. Y a su padre: “Envidia me da ver a todos mis paisanos recibir cartas de sus padres, más yo, ¡pobre infeliz! de nadie”. Para Guex este sentimiento de abandono significó, en Bernardo, que a través de su vida se encuentre una mezcla de agresividad y exaltación junto a una benevolencia y falta de carácter.⁸¹ Por su parte Debesse clasifica a los adolescentes en dos grandes grupos: “Los rectilíneos de espíritu positivo por lo general de personalidad poco manifiesta y los “revolucionarios” que agrupa a los precursores, los santos, los artistas, a los sediciosos y a los fracasados”. Bernardo estaría catalogado dentro de los revolucionarios. Afortunadamente la amistad con Francisco de Miranda le ayudó en forma evidente, a superar el sentimiento de abandono, que lo hacía muchas veces caer en profundas cavilaciones, pero luego, afloraba nuevamente la confianza y superaba el pequeño trauma.

El otro gran pedagogo que tuvo antes de participar en la Revolución fue Juan Mackenna. A través de él supo aspectos íntimos de su padre y quien con toda psicología práctica lo comparaba con Federico el Grande, lo cual llenaba de dicha a Bernardo. José María de la Cruz, coetáneo de Bernardo O’Higgins, hace una descripción del prócer, iniciando su comentario al reconocer que era una tarea difícil: *“Para poder describir con exactitud el carácter de O’Higgins sería necesario pescar la imaginación descriptiva y pluma a pincelada de Timón: no porque aquel presentase la volubilidad en sus acciones y fisionomía, que hacia difícil a éste poder retratar a su orador, sino porque en el punto de hombre público desaparecería en cierto modo, el que se conocía en privado; sin que pudiera advertirse la menor afectación en el semblante ni modales, ni esa arrogancia o ceño que a primera vista se nota en otros, con que pretenden dar a entender la superioridad de su posición, como si fuera ignorada... Le gustaba más escuchar que hablar, y tenía el talento especial para resumir las ideas o puntos en discusión en pocas palabras; lo que le daba valía y la clasificación de reservado (Sic).”*⁸² Esta característica llevó a un chileno a decirle a José María de la Cruz, que analizando su carácter: “hay en él, demasiada cera y demasiado poco hierro, y sin embargo se puede decir que hay pocos hombres mejores y muchos peores que D. Bernardo O’Higgins.”⁸³

Lógicamente, es necesario aclarar, por las cualidades del prócer que “a O’Higgins para apreciarlo y quererlo, como pensaba De la Cruz, era necesario tratarlo de cerca y conocerlo, a sabiendas que una de las cualidades que obraban en su contra era que no obstantes su ascendencia tanto de padre o madre ambos integrantes de la élite, sin embargo él heredaba el estigma de ser hijo ilegítimo. Al respecto fue un golpe duro para él cuando el Conde de Maule, en Cádiz, quiso comprarle un título de teniente, lo que no le

⁸¹ Asenjo y Corbalán. “Las enfermedades de D. Bernardo O’Higgins y algunos aspectos de su personalidad en “Historia de la Medicina en Chile”. Ed. Universidad de Chile. 1966. Tomo VIII. Pp. 113-114

⁸² José María de la Cruz. “Recuerdos de D. Bernardo O’Higgins”. 1960. Ed. Andrés Bello. Pp. 48-49

⁸³ Ibid. p. 71

fue posible, por no contar con un papel que atestiguara su situación legal con sus padres ni exhibir título alguno. Este mal rato fue un trago muy amargo que hubo de tolerar y nunca más lo olvidaría y, más tarde debido esta circunstancia o a otra semejante, no le tembló la mano para firmar el documento que abolía los títulos nobiliarios en el país; y cuando la aristocracia casi -abiertamente lo rechazó por su origen- brotó de lo más íntimo de su ser y con férrea seguridad en sí mismo manifestó: “Sí un charlatán aristócrata se ha *repletado* al decir que mi nacimiento fue obra de la casualidad... yo puedo asegurar que desde que tuve el uso de mi razón, mi alma conocía otra filosofía más engrandecida, que representaba mi nacimiento, no para mí mismo sino que como de mi Soberano Creador para la gran familia del género humano y para la libertad de Chile mi tierra natal”. Y en una carta a su amigo Juan Florencio Terrada, abriendo su pecho para arrojar lo que sería un complejo que lo aceptaba, le manifestó: “Detesto por naturaleza la aristocracia y la adorada igualdad es mi ídolo.”⁸⁴ La dama inglesa doña María Graham observó en él: Es una persona sencilla, sin pretensiones de ninguna clase. Llegó a Director Supremo con poderes omnímodos y se volvió impulsivo, autoritario y obcecado...

Asenjo y Corbalán hacen el siguiente comentario, aparentemente en general, pero indudablemente es una crítica a Bernardo: En el afán de poder una persona que ha tenido un proceso irregular de madurez en la pubertad, tiene una importancia decisiva la “imagen de sí mismo” o “confianza en sí mismo” que identifica con su superestructura secundaria.

Por lo general, sufrió como cualquier persona, dolores no graves, gripes, heridas leves; pero la primera enfermedad muy seria que sufrió en su vida a los 21 años de edad fue la fiebre amarilla, llamada también vómito negro, a raíz de una pandemia que azotó parte de España. Hubo en algunas localidades centenares de muertos. Bernardo estuvo tan grave que, aparte de darle la Santa Extremaunción -los que lo rodeaban- prepararon lo necesario para la ejecución de los funerales. Pero, repentinamente, reaccionó a la enfermedad y en un acto poco menos que milagroso recuperó súbitamente su salud.

Durante su participación en acciones bélicas en la batalla del Roble fue herido en una pierna y después de pedirle al cadete José María de la Cruz le hiciera un torniquete, no abandonó el combate y al grito, que lo hizo famoso: “¡O vivir con honor o morir con gloria, el que sea valiente que me siga!” demostrando tanto valor y bravura que el enemigo fue vencido. Esta cualidad demuestra a un Bernardo, valiente y “despreciativo de su vida”.

No fue raro que en las jornadas del sur sufriera frecuentes resfríos. También tuvo una neumonía y reumatismo que lo obligaron a abandonar el Congreso antes que fuera disuelto y tuvo que permanecer más o menos dos meses en cama. *Las fatigas físicas, el agotamiento, las heridas o algunas infecciones epidérmicas no dejaron huellas*

⁸⁴ Asenjo y Corbalán. Op. Cit. p. 118

inmediatas en su fuerte contextura. Pero sí que percibimos una psiconeurosis de tipo “reaccional” luego de algunas batallas. Sabemos que estas aparecen después de experimentar emociones violentas (ataques de carácter mortífero) o tras un periodo de terror angustioso o de situaciones que llevan involucradas serias responsabilidades. Se sabe que después del llamado desastre de Rancagua, tuvo un periodo de ceguera cuyo origen no se conoce.

En general, su salud corporal era buena, hasta el 17 de marzo de 1818 en que fue herido en Cancha Rayada con fractura del húmero derecho, que fue tratada por el cirujano Diego Paroissien. Este fue un serio accidente que muchas veces la afección le impedía emplear el brazo. Debido a esto, hay muchos documentos que tuvo que firmar con la mano izquierda. Después de cumplido los 40 años de edad sufrió de una afección cardíaca que probablemente era la iniciación de una hipertensión arterial. Estas manifestaciones de su salud no eran raras que surgieran debido al exceso de trabajo, al exceso de comida y de fumar demasiado, lo que era habitual en O’Higgins. En 1819 se queja por sufrir de hemorroides por tener que cabalgar en forma permanente, y de reumatismo que le atribuyó a una neuralgia facial. “Durante pleno apogeo de su gobierno en el año 1821, se quejó, de un enorme malestar estomacal, y para aliviar su estado de salud, -al asistir a la Convención del año 1822- lo tuvo que hacer, previa la toma de un vomitivo.

Todas estas afecciones, es posible que lo hayan impulsado a crear las clases de medicina, cirugía y farmacia en el Instituto Nacional; como también llevado a tener lagunas de carácter violento y cuadros depresivos. Otra afección que tuvo fue, una conjuntivitis crónica que hizo crisis en el prócer mientras esperaba en Valparaíso autorización para zarpar con su familia al Perú después de su abdicación, lo que lo postró durante algunas semanas en una pieza oscura.

Una vez en el Perú -llevado por su espíritu patriótico americanista- procuró ponerse a las órdenes de Simón Bolívar, a fin de participar en las batallas de Junín y Ayacucho, para lo cual recorrió más de mil kilómetros a lomo de caballo sin lograr su objetivo. En aquel periplo sufrió fiebres, diarreas y afecciones propias de la sierra como la típica y desagradable puna. Durante su estadía en Lima, constantemente presentaba fiebre, posiblemente a causa de la osteomielitis de su brazo derecho y dolores causados por el trigémino y cefaleas continuas.

En 1828 en Lima se sintió con molestias a la vista y se le repitieron los dolores neurálgicos que lo persiguieron desde su estadía en el sur de Chile. “En el año 1832, desde antes de Navidad y hasta la segunda semana de enero le “cargan dolores reumáticos a la cabeza y con fuerza a la cara”.⁸⁵ Los males le volverían cinco meses después, con inflamaciones a las encías que lo tuvieron encerrado más de 8 días. “Ya

⁸⁵ Archivo de O’Higgins. Tomo XXXII. p. 88.

estoy un poco mejor, aunque sin poder mascar”, le escribe desde Lima a su administrador de Montalbán.

El doctor Pequeño, padre de J. Toribio Pequeño, esposo de Petronila pasó a ser su médico de cabecera hasta su muerte. Decía el prócer “vale más una visita de Pequeño que cuatro de los otros médicos”.⁸⁶

En el mes de febrero de 1839 su queridísima madre doña Isabel Riquelme cae muy enferma y queda postrada. Un padre Agustino le dio el viático. Tres juntas de médico la atienden, pero la anciana se debate entre la vida y la muerte hasta el 21 de abril fecha en que deja de existir a los 82 años. El deceso de su madre consternó emocionalmente y devastó físicamente a D. Bernardo. Fuertes fiebres lo obligan a guardar reposo absoluto y decía: “hasta los días no tienen sentido”. “He tenido la cabeza distraída y hasta perdido la memoria con lo que ha pasado... le confiesa a Pequeño.”⁸⁷ “Después del fallecimiento de mi santa y amada madre, quedé resentido de un dolor al corazón que creció lentamente y fue forzoso soltar el arado para curar tan alarmante amenaza”, le reveló a un colaborador.⁸⁸

A partir de la muerte de su madre empieza una vida con una salud cada vez más frágil y se siente, sin fiebre, pero con su ánimo tan deteriorado que frecuentemente pasaba en cama. En 1839 el día 20 de agosto Bernardo cumple 61 años, y sufre cólicos estomacales con sangrado y debe llamar al doctor Pequeño. Pero repentinamente surge un sedante entre tantos sufrimientos, recibe la noticia que Prieto, con ratificación del Congreso, le reconoce su grado y antigüedad en escalafón militar. Esta noticia le produjo el milagro de hacer renacer sus fuerzas; sin embargo, por seguir el duelo no quiso asistir a reuniones sociales alguna y desde fines de 1839 y todo 1840 permaneció en Montalbán para recuperar su salud y superarse del fallecimiento de su madre. Algo recuperado -a comienzo de 1841- salió de paseo a caballo por la Pampa de los Lobos, cercano a Cañete. Repentinamente el caballo de Bernardo se desboca y galopa sin control del prócer, y después de mucho esfuerzo logró detenerlo. Bernardo apenas se pudo sujetar a la silla sin tener fuerzas para dominar al animal. Se cree que el prócer sufrió un espasmo cardíaco y acicateó, sin querer, a su caballo y lo instó a correr.

“Una afección espasmódica al corazón, según fue caracterizado por los médicos, escribe Bernardo, no me permite andar dos cuadras libremente, motivo que me ha obligado a bajar de la hacienda- donde hacía más de un año comenzaba a sentir sus penosos efectos- para ponerme en manos de facultativos expertos que dicen que me curarán pronto”.⁸⁹ Unas semanas después afirma: mi salud mejora aunque lentamente. Ya no hay tos ni dolor al corazón y solo resta al andar a pie una corta fatiga al pecho, tal vez menos que

⁸⁶ Álvaro, Dennis. “O’Higgins”. Op. Cit. p. 159

⁸⁷ Archivo O’Higgins. Tomo XXXII. p. 316

⁸⁸ *Ibíd.* p. 413

⁸⁹ Archivo de O’Higgins Tomo XXXII. Ob. Cit. p. 383

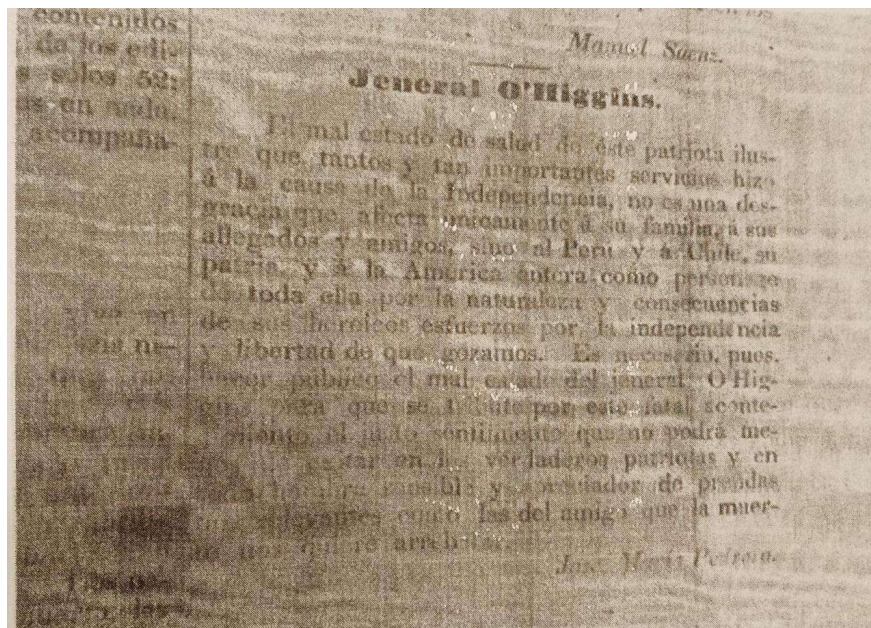
cuando estaba en Montalbán.⁹⁰ Todos estos cuadros médicos los resistía estoicamente tanto por su especial carácter, como por la ilusión de viajar pronto a Chile. Tal anhelo en cierta medida lo hacía olvidar, por momentos aquellas enfermedades que cada día lo acosaban con más frecuencia. Como lo del viaje lo tomó enserio, se apresuró a comprar pasaje para Chile en el vapor “Perú”, que elevaba ancla con rumbo al sur en diciembre de 1841. Pero el destino se negaba a conceder esa dicha al héroe, porque bruscamente se le declaran fuertes diarreas con evacuación de flujos sanguíneos. Sujeto a cuidados intensivos fue llevado al Callao para tomar baños de mar. Su convalecencia en ese puerto lo alivió, aunque no se escapó de la carga emocional que le produjo ver alejarse el vapor “Perú” con destino a Valparaíso sin tenerlo a él entre sus pasajeros. Ahora su aspecto era tan distinto al que había exhibido algún tiempo atrás. Sin embargo, en el invierno de 1842 sintió haber recuperado sus fuerzas y que pronto podía insistir en su anhelado viaje a su patria, y en un arranque de optimismo escribe al General Bulnes que a su llegada **“no se preparen grandes festejos, que un abrazo cordial vale más que todas las pompas”**. Pero su cuerpo era solo un añoso vehículo que pronto dejaría de funcionar y de transportar a esa mente brillante, a ese héroe valiente, audaz que amó y sufrió tanto por su país.

En Lima, no solo la elite y las autoridades estaban pendiente sobre la salud del General O’Higgins, de manera que José María Pedrero, en el periódico “El comercio de Lima” de fecha 12 de octubre de 1842 en una corta columna titulada “General O’Higgins”, manifiesta a los peruanos en general:

“El mal estado de salud de este patriota ilustre que tantos y tan importantes servicios hizo a la causa de la Independencia, no es una desgracia que afecta únicamente a su familia, a sus allegados y amigos, sino al Perú y a Chile, su Patria, y a la América entera como personaje de toda ella por la naturaleza y consecuencias de sus heroicos esfuerzos por la independencia y libertad de que gozamos. Es necesario, pues hacer público el mal estado del jeneral O’Higgins para que se tribute por este fatal acontecimiento el justo sentimiento que no podrá menos de exitar en los verdaderos patriotas y en todo hombre sensible y apreciador de prendas tan relevantes como las del amigo que la muerte nos quiere arrebatarse. (sic)

José María Pedrero

⁹⁰ Ibid. Op. Cit. p. 385



Fallecimiento de D. Bernardo O'Higgins

Hacia algún tiempo que O'Higgins en su dormitorio había hecho montar un altar, ante el cual, presenciaba en las mañanas, inmóvil y silencioso desde su lecho, las misas diarias. Cuando sintió que su alma estaba próxima a abandonar su cuerpo, pidió su sagrada mortaja y cuando sintió que el hábito de San Francisco, lo cubría de pies a cabeza, en voz baja y con una mueca de satisfacción, se iluminaron, por última vez sus ojos, y exclamó: "Este es el hábito que me envía mi Dios" y expiró serenamente, diciendo **Magallanes, Magallanes**.

Su cuerpo entonces queda rígido y muy lejos de su amada Patria y solamente acompañado de sus más cercano con excepción de su madre que ya había entregado su alma a Dios. **El reloj marcaba las 12:30 del 24 de octubre de 1842.** En esta triste circunstancia no podía estar ausente un irlandés, que le admiró realmente y fue su más íntimo amigo en los 19 años que el Libertador O'Higgins vivió en el Perú. Este no fue otro que John Thomas quien escribió; en su homenaje, un artículo necrológico: "**Acaba de abandonar este mundo, para ir en busca de uno mejor. Su muerte se debió a una afección del corazón y acaso ésta haya sido causada por tanto sufrimiento que hubo que padecer por tantos años, en que le rodearon la ingratitud, la mala fe y la injusticia. Ahora ha llegado el momento de dar a conocer la verdad entera de su historia. Muy poco se conoce de ella, pues a quienes quisieron publicar algo acerca de su vida, les pidió en forma muy clara que no lo hicieran, pues las biografías de los vivos solo enseñan su vanidad personal. La posteridad en cambio, sabía hacer justicia a los muertos**".

De inmediato, otros dos amigos suyos, D. Justo Figueroa y D. Antonio Joaquín Ramos, comunicaron el fallecimiento del Prócer al Enviado Extraordinario y Plenipotenciario de Chile, D. Ventura Lavalle, invitándole a asistir a los funerales. Enseguida, en notas iguales, una dirigida al Prefecto del Departamento de Lima y otra al General D. Antonio Gutiérrez de la Fuente, general en Jefe del Ejército del Perú, dijeron:

“A las 12.30 del día de hoy ha fallecido el Excmo. Señor Bernardo O’Higgins gran Mariscal del Perú y Director Supremo y Capitán General de la República de Chile. Tanto, por las consideraciones que el finado merece del Perú, cuanto por las que este país es acreedor a la República de Chile, es de necesidad política que su funeral se haga con la solemnidad y decoro que corresponde a la notabilidad de su persona y a las atenciones que mutuamente deben prestarse ambas Repúblicas. Lo que hacemos presente a V.S., como encargados del cumplimiento de la última voluntad del Excmo. Señor finado, para que se digne determinar la forma y orden que deben guardarse, así en los oficios religiosos, que se han de hacer, según su disposición, en la Iglesia del Convento Grande de Nuestra Señora de la Merced, como en su inhumación en el Panteón Público (sic)”.

La sepultación con un largo cortejo de coches que desfiló mientras las campanas de Lima tocaban el duelo, destacó las palabras con que le despidió fray Juan de Dios Urías en la capilla del Panteón: “ved aquí señores, el yerto cadáver del excelentísimo señor don Bernardo O’Higgins, primer gran mariscal del Perú, supremo director y capitán general de la república chilena. Ved aquí tendido y sin aliento al hombre extraordinario, al ilustre americano, al padre de la libertad, al valiente y mil veces vencedor, al mejor Washington y al raro Pitago. Ved aquí peruanos, al que hacía vuestra dicha, vuestro honor y vuestra gloria con tenerle en vuestro suelo, ved aquí al hombre de consejo, ved pues que no respira ya el hombre sagaz, el hombre humilde, el padre de los pobres, el amigo de sus amigos, y en fin, el ejemplar de virtudes cívicas y morales... Lo visteis en vida y ahora venís a acompañarle en su sepulcro. Este varón ilustre no nos ha legado más que virtudes...A nosotros, los peruanos, no nos queda más recurso que el llanto. Acompañemos a los ilustres chilenos que en torno suyo los veo sumidos en el más acerbo dolor; lloremos, lloremos su irremediable pérdida...No obstante señores, oremos por él al Dios de los ejército.”⁹¹

Fue sepultado en un nicho del Cementerio General de Lima. En el libro correspondiente figura la siguiente anotación:

“octubre 26 de 1842. En esta fecha se ha sepultado el cadáver del Hno. Señor Gran Mariscal D. Bernardo O’Higgins, natural de la República de Chile. Falleció de fatiga y se colocó en el nicho num. 3, letra C del cuartel de Santo Toribio”.

⁹¹ Valencia Avaria, Luis Op. Cit. pp. 478-479.

Una sobria losa de mármol cubre su venerado cuerpo. Más allá, en la Iglesia de San Pedro, reposan los restos de su padre, el Virrey Ambrosio O'Higgins desde 1801. Es que la Providencia los acercó, por última vez en la tierra y, en la gloria celestial, los situó a padre e hijo al costado de San Francisco; pues, Ambrosio falleció, cristianamente, después de recibir los últimos sacramentos y de ser vestido con la típica sotana café de los Franciscanos en su calidad de integrante de la Orden Franciscana Seglar, que profesaba desde el 2 de agosto de 1792; y, Bernardo, su hijo, premunido también del humilde hábito de los Franciscanos, por ser ese su venerable deseo.

No sabemos si alcanzó a enterarse que de la promulgación de la ley de fecha 6 de octubre que llenaba la firma de su gran amigo el Presidente Bulnes en que se acuerda pagarle dos años de sus sueldos de Capitán General, así residiera fuera del país.

Según Goethe “Una vida inútil equivale a una muerte prematura”; pero para nosotros, la vida de D. Bernardo fue un idealismo a toda prueba y constituyó un ejemplo de ciudadano en cuyo ser campearon muchos factores hereditarios de familia, emotivos, sentimentales y educativos, que lo llevaron a una actuación que tuvo el sello de una honrada rigidez ciudadana y filosófica...⁹² Sin embargo **Los restos del Padre de la Patria debieron esperar cerca de 30 años para ser, finalmente, repatriados, en 1869.**

Después de su muerte, es preciso recordar, que el mismo prócer manifestó: *“El porvenir demostrará al mundo si he obrado bien o mal; todo lo que pudo asegurar es que mis intenciones han sido siempre puras”*. No son producto de sortilegio, ni de desconfianza cartesiana, estas palabras vertidas por O'Higgins, sino que producto de la realidad; durante su largo exilio en Perú, en Chile no se le ignoraba, pero se temía su regreso”. Mientras en el Perú, se le honraba como un héroe de su independencia y le aseguraba el sustento para él y su familia al donarle las haciendas de Montalbán y Cuiba; en Chile, se le borraba del escalafón militar y se le negaba el pago de su pensión.

Por lo tanto, nos nace del fondo de nuestra alma repasar la historia del Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme para destacar cualidades de su persona que no es común que se le destaque como, su refinada ilustración de corte europeo, sus cualidades personales de gran valor intrínseco tal como lo destaca la biografía escrita por Andrés Bello “*El valor la prudencia, y la honradez son sus virtudes tan acreditadas, que jamás se las ha negado su mismo enemigo: que con este ha sido siempre tan generoso, como constantes con sus amigos: que ha manifestado en toda la carrera de su vida pública aquel talento, que más conviene al que manda, y es, el de saber aconsejarse, y elegir entre mil pareceres diferentes, el mejor de todos ellos. Así, pues, buen hijo, buen amigo, buen ciudadano, enemigo generoso, buen magistrado, buen general, constante en la adversidad, moderado en la próspera fortuna, no debemos temer presentarlo por modelo de un buen patriota. Yo escribo lejos de él, y nada espero de los favores de un*

⁹² Asenjo y Corbalán. Op. Cit. p. 128.

hombre, que nada puede hacer contra la justicia. Mi nombre le es desconocido; y así, estoy libre de merecer por mis elogios la censura de los zoilos envidiosos (sic)”⁹³



En uno de estos nichos estuvo sepultado el Prócer, en Perú, durante 27 años.

“El Comercio de Lima” del día 26, entre los remitidos de ese periódico, hay una Necrología firmada por **“Un amigo sincero de Perú y Chile”** que dice: *“El espíritu de un hombre verdaderamente grande acaba de dejar este mundo... una enfermedad en el corazón, causada por la ingratitud, mala fe e injusticia, que experimentó por muchos años, hasta un grado casi sin ejemplo en los anales de la bajeza, codicia y perfidia humana..... las virtudes y el ejemplo de O’Higgins, con el transcurso del tiempo, producirán el más saludable e importante efecto moral, no solo entre los habitantes de Chile sino del Perú, pues, es inevitable que estos pueblos miraran con respeto, afecto y entusiasmo las cualidades amables y grandes servicios de un ciudadano que el Congreso ha llamado el fundador de la República de Chile, sino también, el más digno y esforzado amigo de la libertad del Perú”*(Sic.).⁹⁴

Hermosa apoteosis que se le brindaba en el Perú. **En Chile muy poco se supo de las dolencias corporales que sufría el Libertador; y en forma también tardía, se supo de su deceso; pero lo más increíble, es que debió esperar casi seis lustros para su repatriación.**

⁹³ De Ávila Martel, Alamiro. “Andrés Bello y la primera biografía de O’Higgins”. Ed. Universidad de Chile. 1978. Santiago. pp. 70-71. (Nota del autor: La biografía fue publicada en el año 1819, por lo que el autor fue Irisarri y no Bello como lo demostraremos en otra oportunidad)

(Nota del autor: Andrés Bello desde 1810 permaneció en Londres donde había llegado junto a Bolívar y de López Méndez, enviados por la Junta de Caracas en Misión Diplomática. Desde Londres viaja a Chile en 1829, por lo tanto no se conocieron Bello y O’Higgins.

⁹⁴ Diario “El Comercio de Lima” de 26 de octubre de 1842.